

LA NOVELA SEMANAL



El comprador de cadaveres

POR

E. Carrasquilla Mallarino

PREGIO: 10 Centavos

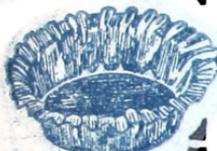
Pedro Bignoli

Bazar y Menaje.

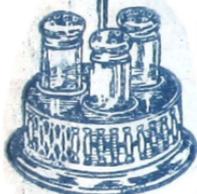
C. Pellegrini esq Sarmiento B. Aires



1391



1282



659



648



577

Tanto por nuestra capacidad de producción como por la importancia de nuestras compras directas, estamos en condiciones de vender a precios (b) desafián toda competencia.

- N.º 2201 — BOMBONERA inglesa de plata sellada. oferta especial, a \$ 1.30
- N.º 2282 — BOMBONERA inglesa de plata sellada; oferta especial, a \$ 1.70
- N.º 659. — Hermosa SALETO de metal plateado inalterable, con frascos de fino cristal, a \$ 3.—
- N.º 648 — BASTA ACEITERA y SALINQUE de fino cristal y metal plateado inalterable. oferta única, a \$ 4.80
- N.º 677 — Elegante y práctica ACEITERA de fino cristal y metal plateado inalterable; oferta sensacional, a \$ 5.—
- N.º 851 — ESTUCHE con dos tazas y platillos para té, de fina porcelana japonesa, con cucharitas de metal plateado, a \$ 4.80
- N.º 935 — Elegantísima BOLSA de mallas reforzadas, en metal plateado "Silver" tamaño 12 x 12 centímetros; oferta sensacional, a \$ 4.50
- N.º 936 (bis) — MONEDERO "Parisiense" de última novedad, en metal "Silver" inalterable, con piedra amatista tallada. Precio de aginaldo \$ 2.90

FABRICA Y COMPOSTURAS DE

SOMBRILLAS, PARAGUAS BASTONES Y ABANICOS

En la aduana tenemos 500 cajones de mármoles y terracottas. Invitamos a visitar nuestra próxima exposición y a solicitarnos el nuevo folleto de obras de arte, que enviamos gratis.



851



935



936

"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248—Buenos Aires—U. T. 946, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN, Sarmiento 730.

Agencia en el Uruguay: Rio Negro 1266. — MONTEVIDEO.

Las personas que tengan interés por la venta en el interior de la República Oriental, pueden solicitar la sub-agencia a esa dirección.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.
Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, núm. 633.
Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2461.
Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Y en todas las principales localidades de la República.

Las personas que tengan interés por la venta de "LA NOVELA SEMANAL" en las localidades del interior de la República, donde no tengamos representantes, pueden solicitar la agencia de nuestro semanario, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Agencia General, Rivadavia 1573, Buenos Aires.—**LA ADMINISTRACION.**

IMPORTANTE PARA EL LECTOR

Todas nuestras obras pueden adquirirse en la Administración, Florida 248, o en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior y exterior.

PRÓXIMAMENTE — NÚMERO ESPECIAL EN DOS PARTES

"EL BASTONAZO", por Belisario Roldán

Sucesivamente obras de: Lugones, Mariano de Vedia, Mamá Justa, Horacio Oyhanarte, Rubén Darío, Manuel Gálvez, Remón A., Elsa Norton, García Velloso, Muzzio Sáenz Peña.

Ni se cae el Cabello ni Quedará una Partícula de Caspa

¡Cuide su cabello! Duplique su belleza en pocos minutos

Un frasco de "Danderine" pone el cabello espeso, lustroso, ondeado y lo embellece.

Usted no encontrará una partícula de caspa ni que se le cae el cabello y que no le pica el cráneo después de pasados 10 minutos de la aplicación de Danderine, sino por el contrario, lo que le agrada será ver que después de usarlo por algunas semanas, el cabello se le pone fino, espeso y suave, y cabello nuevo le crecerá por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Un poco de Danderine inmediatamente duplicará la belleza de su cabello. No importa

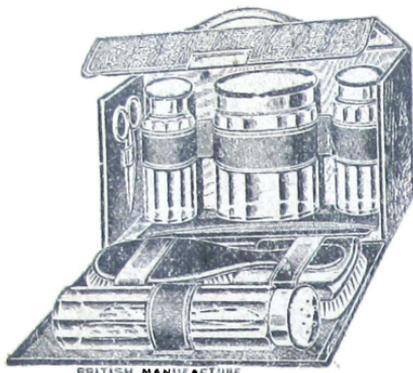
lo deslustrado, descolorido, quebradizo o áspero que esté; solamente humedadza un paño en Danderine y pásesele cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. El efecto es asombroso; el cabello se le pondrá sedoso, ondeado y espeso, y le dará un lustre incomparable, suavidad y abundancia.

Compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y demuestre a los demás que su cabello es tan bonito y suave como cualquier otro, que solamente ha sido abandonado o estropeado por falta de tratamiento; esto es todo. Usted tendrá un cabello bonito y abundante si prueba un poco de Danderine.

PEDRO E. MATTALDI 667-Sarmiento-683

:: BUENOS AIRES ::

**ARTÍCULOS DE VIAJE
MARROQUINERÍA FINA**



**ESTUCHES
NECESER**



CARTERAS



PORTAMONEDAS

Inmenso y variado surtido en cinturones para Caballeros y Niños

Quando Vd. despierte tómesese un vaso de agua caliente

Expúlsense todos los venenos y toxinas del sistema antes de introducir más alimento en el estómago

Se dice que el baño interno hace que cualquier persona parezca y se sienta limpia, confortable y fresca.

Lávese por dentro antes del desayuno de la misma manera que lo hace por fuera. Ello es mucho más importante, porque los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, lo cual es causa de enfermedades, mientras que los poros del intestino, sí.

Por cada onza de alimento y bebida introducidos en el estómago, casi una onza de materias de desecho debe ser expulsada del cuerpo. Si esta materia de desecho no se elimina día por día, fermenta, prontamente y genera venenos, gases y toxinas que entran en la corriente sanguínea absorbidos o extraídos por los vasos linfáticos que debían sólo extraer nutrimento para sostener el cuerpo.

Es una medida saludable, espléndida, tomar todos los días antes del desayuno un vaso de

agua realmente caliente con una cucharadita de fosfato limestone, lo cual es un medio inofensivo de aibrar de estos venenos, gases y toxinas al estómago, el hígado, los riñones y los intestinos, y así limpiar, suavizar y refrescar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago.

Un cuarto de libra de fosfato limestone no cuesta sino muy poco en la botica, pero es suficiente para hacer de cualquiera un entusiasta del baño interno. A las personas acostumbradas a despertar con pesadez y dolor de cabeza o que tienen la lengua cubierta, mal sabor en la boca, cara cetrina, y otros que padecen de ataques biliosos, acidez de estómago o de estreñimiento se les asegura en corto tiempo una mejoría notable tanto de salud como de apariencia.

EL LUNES PRÓXIMO PUBLICAREMOS
"FRAY MATACANDELAS"

por ENRIQUE RICHARD LAVALLE

Esta interesante novela constituye un maravilloso romance bonaerense del año 1590 y en cuyo argumento real nos brinda su autor el relato más pintoresco y emocionante de cuantos sucesos ocurrieron en esa época de nuestra historia.

El comprador de cadáveres

POR

E. CARRASQUILLA MALLARINO

—¿De modo que está usted de viaje para la América... para la América... Latina? ¿No es así como se dice?

—Para la del Sur, me parece, señora... Digo, aunque a ciencia cierta no sé cuál es ésta ni la del Norte ni otra que dicen que hay.

—¡Qué gracia! ¿No sabe usted con certeza a dónde va?

—A usted le consta, señora, nuestra proverbial ignorancia geográfica, de la cual nos enorgullecemos aquí, por muchas razones... Entre ellas: ¿hay algo interesante en el mundo fuera de nuestro país?

—Es cierto. ¡Sí! ¡Sí! Nuestra ignorancia del mapa es de perfecto buen gusto. ¡Pero, vamos! ¿Se marcha usted... al otro mundo? ¡Es un suicidio un viaje así!

—Pues... me... marchó, sí, señora...

La reaccionaria vizcondesa acariciaba el espinazo de su lindo gato de Angora, minino muy bien educado pero que, no obstante, se retorcía con eléctrica voluptuosidad en el tibio regazo de la dama. Y seguramente esta faena elegante de sus manos sobre el lomo

esponjado del felino, preocupaba más a la vizcondesa que la conversación de Gouchand y que su presunta partida hacia esa América, un poco ambigua y salvaje, cuyo comercio había que conquistar o al menos compartir.

Al cabo de un silencio durante el cual el comerciante contempló casi con éxtasis a la dama y más que a ella al envidiado morrongo, la señora vizcondesa miró a su amigo y suspiró, sonriendo luego con dulce hipocresía.

Gouchand no pudo contenerse, conmovido por aquel suspiro:

—Pero mi viaje será corto...

Y como iba una sirvienta, que la señora había llamado, Gouchand se viera sin testigos, se aproximó, arrastrando por el cascajo su taburete de hierro; luego cogió entre las suyas una mano de la vizcondesa, llevándola a sus labios, mientras el gato saltó a tierra sacudiéndose desdeñosamente.

—Me voy, Yvonne, pero no te olvidaré un momento. Esta será nuestra última separación, porque después de mi viaje, mi renta llegará a la cantidad que necesitamos.

La vizcondesa, consumada en el arte de la simulación, volvió a suspirar por toda respuesta.

—Pero es preciso que no sufras por mí, que sepas que te lleve aquí dentro, que...

El apasionamiento de la amatoria despedida iba subiendo tanto de tono, o saliéndose de él, que, tocando ya las lindes del ridículo, Yvonne tuvo que consolarse y transigir...

—¡Sí, Pedro... Yo sabré esperar! Yo...

Y la señora vizcondesa, en el colmo de la farsa, se puso a sollozar.

Mas, quien hubiese estado no sólo en el pequeño jardín de la "Villa" suburbana, en que la noble señora de Guemur refugiaba su ruina, sino en el secreto de aquella su alianza amorosa con el comerciante, habría comprendido muchas cosas. ¡Hasta dónde va en efecto, la simulación de sentimientos generosos, que produce utilidad material, y cuán terrible ha de ser la voz íntima que grita en la conciencia de los que por sostener apariencias se envilecen y arrastran en lo privado!

En este caso, tanto la viuda de Guemur como el comerciante Gouchand se envilecían. Ella por el dinero con que sostenía su vanidad de jamona de abolengo, en decadencia, y él por el pisto que le daba en privado ahora y que le daría después a los ojos del mun-

do ser amante o marido de una ex dama de honor. Eran dos incompletos que se encontraban: la miseria de sangre azul y la riqueza plebeya; aunque había un punto: el comerciante—naturaleza un tanto gastada y viciosa por compensación—estaba enamorado.

Así, el jardín veraniego de la villita, en que madama de Guemur recibía a Pedro Gouchand como "administrador", según decía ella, de "sus bienes", era testigo de estos amores vespertinos y amargos.

No obstante, bajo los tres frondosos tilos, en la banca hospitalaria donde la vizcondesa se instalaba entre almohadones, con su gato, se habían oído en otros veranos rumores de caricias y voces temblorosas de pasión... Quería tanto la dama al minino angorés, que le hablaba como si fuese otra persona, como a un joven amante — según refería la camarera.

Era tan afectuosa, tan dulce, tan buena la santa señora viuda.

Mas el coloquio duraba cuando, inoportunamente, sonó el timbre de la calle. La sirvienta salió a la puerta, y apareció, sonriente y coloradote, frotándose las manos, el abate de la iglesia parroquial, quien saludó a la vizcondesa con marcada etiqueta al notar la presencia del apoderado.

Gouchand, al rato, se puso de pie, y tras despedirse como un cualquiera de madama de Guemur y hacer una venia a monseñor, salió a la calle, secándose el sudor de la frente protuberante.

Al otro día Pedro marchaba al puerto del Atlántico, donde se embarcó hacia la América Meridional.

*
* *

Monsieur Gouchand, después de un viaje de mar, río y montaña, viaje penoso y emocionante, en el que fué testigo por primera vez de la maravillosa feracidad del trópico, de sus días llenos de sol y de sus noches increíbles de luna, llegó una mañana al valle andino donde, como una bella mujer madrugadora, se despertaba entre cortinajes de neblina la lírica ciudad.

No esperaba el viajero hallar al fin de caminos tan sinuosos y de selvas cerradas al progreso, una villa tan pintoresca y grande, de estilo europeo, de mujeres tan lozanas y elegantes, y donde había comenzado a oír hablar una lengua que le parecía nueva, musicalizada originalmente, hecha ágil y expresiva por un pueblo que bien pudiera enorgullecer las mejores tradiciones de Castilla.

La primera impresión que da una ciudad es como la primer

idea que sugiere una dama. De esa impresión depende una buena amistad, acaso una pasión y muchas veces una indiferencia.

Gouchand simpatizó desde luego con la ciudad, sintiéndose influido por ella espiritualmente, y presintió una agradable temporada que borrara los prejuicios de su ignorancia geográfica. Y así se lo escribiría a Yvonne.

El viajero llegaba representando una casa de París, fabricante de fonógrafos y películas cinematográficas, y era uno de sus propósitos imprimir discos de cantos nacionales y tomar vistas movibles, cosa — esta última — que ya había comenzado.

Para no perder tiempo, al otro día de su llegada publicó el siguiente anuncio:

“Canciones Nacionales”

“Se cita a concurso diario al hotel X, a los más conocidos cantores nacionales, con objeto de imprimir discos fonográficos”.

“De 1 a 4 p. m. — Buena remuneración”.

Con tan original y atrayente aviso, que entusiasmó la población, comenzó un desfile de gentes de guitarra por el hotel de Gouchand, quien pudo escoger el mejor dúo de la comarca y contratarlo. Por tanto el “chino” Rodríguez y el “pato” López que en aquel tiempo cantaban bellamente las dulces canciones andinas, fueron los elegidos. Gouchand les hizo un buen contrato que, al ser cumplido, le permitió seguir viaje por la América Meridional que tantas sorpresas le reservara, sobre todo cuando, maravillado, desembarcó un día en Buenos Aires.

*
* *

Con la impresión de los discos la fama de los dos trovadores tomó gran vuelo, y no había paseo o fiesta donde no figuraran. Generalmente cantaban de balde, demostrando con ello el romanticismo de su bohemia trashumante.

Nacidos y criados en un pueblo vecino de la capital, habían aprendido a rasguear y pespuntear el tiple (1) y la guitarra en las horas nocturnas y tristes y en algunas del día robadas al trabajo. López se escapaba de la barbería, Rodríguez de casa del taiabartero, donde era aprendiz, y a la sombra de un cafetal vecino ensayaban endechas con sus voces naturales de campesinos. Así preparaban serenatas sabbatinas y dominicales que habían de cantar amores a

(1) Guitarrillo colombiano

dos mozas fragantes y tímidas que se morían por ellos. También cantaban a otras doncellas del pueblo, puesto que el alcalde y algunos gamonales los hacían intérpretes de sus amoríos en noches sentimentales; y hasta los reclamaba el señor cura párroco en el mes de María, y en las típicas veladas de fin de año, para el Pesebre del Niño Jesús, que siempre eran fiestas de resonancia.

En el ambiente aldeano, pacífico y angosto, se desarrollaron muchachos, y fueron la alegría y el lujo del villorrio durante varios años. Pero, ya entrados de lleno en la vida y encendida la ambición en sus almas, concibieron el plan de irse a la metrópoli cercana, donde sus nombres habían sonado ya dos o tres veces en gacetillas de periódicos que ostentaban como patentes de gloria entre las gentes leídas del villorrio. Ya en ellos—podría decirse—estaba encarnada el alma trovadora de los Andes, y aspiraban a mejor ambiente.

Hicieron toda suerte de promesas a sus familias, en quienes vencía el orgullo a las urgencias cotidianas; formularon sendos juramentos a sus candidas mozas; y una madrugada después de cantarles la última serenata bajo una luna amarilla y menguante, tomaron el camino de la capital, con sus instrumentos a cuestas.

Desde la Boca del Monte, punto que domina la hondonada, volvieron la vista hacia el pueblo que se quedaba triste y como mudo, mientras el alba abría sus abanicos policromos sobre la tierra caliente adormecida.

Y movidos por un mismo resorte, en un impulso igual, dieron al viento una erdecha alusiva.

¡Es preciso partir! Romper el broche
que nos ha unido con su lazo estrecho.
Ya en las tranquilas horas de la noche
no te veré dormir sobre mi pecho.
No lo he querido yo. Dios lo ha querido.
¡Cúmplase su designio soberano!
El ave deja abandonado el nido
por ir en busca del precioso grano".

Los ecos de este adiós, repercutiendo en las florestas que bordeaban el camino, despertaron a los sinsontes, a los turpiales; y las palomas respondieron acentuando la "u" de sus arrullos.

rales el fuego fatuo de ese idealismo alentador con que se disfrazaba en los pueblos latinos montañeses la cruda realidad.

Sus recuerdos de la aldea tibia y soñadora se esfumaban como los restos de un delirio en aquellas imaginaciones mudables en que la neurosis ponía su eléctrico chispear. El Océano, visto por primera vez, se abrió al asombro de los viajeros como una infinita revelación, como un misterio de hondos azules... Y al caer de una tarde sangrienta de sol, un viejo barco inglés zarpó hacia el Norte.

Los bohemios contemplaron desde la popa los desvanecimientos de la tarde y de la playa, no explicándose el problema náutico ante el horizonte vacío.

* * *

Ya los árboles estaban desnudos, el cielo gris y la brisa era cortante cuando llegaron a Cherburgo. A lo que ancló la nave, a poca distancia de los muelles, los artistas tuvieron el escalofrío de las grandes emociones. El bronce napoleónico alzaba su silueta imperial sobre el poblado, conmoviendo el espíritu guerrero innato en las gentes de la América Latina.

El tren expreso aguardaba a todos los pasajeros que iban a París, y acomodados éstos salió, deteniéndose, ya de noche, en la estación de San Lázaro. Un intérprete recibió a nuestros cantores quienes, desconcertados, se dejaron llevar a la plataforma de la aduana, al coche y a un hotelito barato de la calle Taitbout.

—¡Esta ciudad es inmensa!—balbuceó el "pato", al tomar posesión de una camarita. El "chino" estaba fuera de sí. Ambos se sentían como sonámbulos en aquel ambiente no imaginado. Un criado les hacía genuflexiones, diciéndoles cosas que no comprendían. Y como era hora de comer, bajaron al respectivo salón, tomaron una mesa pegada al cristal que daba a la calle, y, más que a comer, se dedicaron a observar los transeúntes.

La primera impresión pasó con unos vasos de vino, que afinaron el espíritu de los bohemios. La uva gala dió su jugo a esas almas, y estaban como bautizadas de París.

De pronto el "chino" se puso de pie, llamó a su compañero, y un momento después seguían los pasos de la multitud, buscando la natural aventura de casi todos los recién llegados a Citeres. Las sonrisas, y los coqueteos se abrían como flores en el bulevar.

Tres días después, mientras caía la primera nieve, regresaron López y Rodríguez al hotelucho. No habían visto al cónsul ni a un

compatriota, para quienes llevaban cartas. El dinero se les había acabado y nada tenían para el empeño, puesto que les habían robado los relojes y un prendedor de López — antigua y única joya de la familia — que su madre le diera el día en que salió del pueblo, siete años atrás.

Llegados a la camarita del tercer piso, silenciosos, trasnochados y en desorientación completa, corrieron las cortinas y durmieron hasta pasado el mediodía.

El hambre despertó a López y un dolor agudo en el pecho y en los pulmones despertó a Rodríguez.

—Era lo único que nos faltaba, dijo el primero, que te enfermaras a estas horas.

—Evidentemente, me siento muy mal, respondió Rodríguez, creo que debes arreglar un plan con el hotelero, llevar las cartas al cónsul y decirle que traiga un médico. Me siento mal, muy mal.

El rostro del enfermo lo denunciaba. Una honda palidez lo sellaba y una tos seca, dolorosa y difícil lo sacudía. López, aterrado en el presente y ante una amenaza futura, en que no quería pensar, tomó las cartas, dijo algunas frases de afanoso consuelo para darle valor al "chino", y salió.

Abajo trató de hacerse entender por el hotelero, y un mozo lo acompañó hasta el consulado.

El cónsul — un caballero entrado en años, con miedo visible de perder el puesto — salió a la puerta a recibir a López, quien entró, dió su nombre y entregó las cartas.

—Sí, señor López, con mucho gusto. Estoy a sus órdenes... y, aunque usted es el "pato" López de tanto renombre por allá. ¡Muy bien, muy bien! ¿Y su compañero?

El "pato" fingió una sonrisa, tornóse luego sombrío y refirió brevemente toda la situación. El funcionario, como viejo conocedor de París y de sus recién llegados de América, vió todo claro, pero se dispuso a salir en busca del médico.

—¿En qué hotel están ustedes?

El "pato" explicó.

—Ah, sí, muy bien, "Rue Talbout", aquí cerca. Pues bien, mi amigo, a sus órdenes. Usted puede ir y esperarme en su hotel. ¡Dígale a su amigo que no es nada lo que tiene!

El "pato" se despidió, volviendo al hotel. Rodríguez se agraba por momentos.

—¡Estamos perdidos!—dijo.

El "chino" no respondió. Y en silencio pasaron dos interminables horas, hasta que alguien llamó a la puerta. Eran el médico y el cónsul. Entraron. El doctor hizo un examen.

Terminado éste, escribió una receta y se despidió después de cambiar dos o tres frases con el cónsul. Este se puso pálido y no pudo disimular su desconcierto. El "chino" estaba aletargado.

—Señor López: dice el doctor que el enfermo está grave; tiene una fuerte pulmonía.

El cónsul hablaba a media y temblorosa voz, pensando, sin duda, en el dinero que podría costarle la cosa... ¡Y siete meses que no recibía un céntimo de su gobierno!

—¡Rica situación!—murmuró López entre dientes.

El cónsul no sabía cómo despedirse, cómo salir lucidamente de semejante aprieto. Al fin, después de meditar un poco, ofreció volver y hablar con el hotelero, para que se les guardase alguna consideración. Se despidió, y después fué el cuadro en bruto:

El "chino" parecía muerto. El gas daba una debilísima lumbré. Como no había calorífero, el frío entraba de lleno y la casa parecía cubierta por una nube de silencio y de olvido. No habían comido, y el "pato" resolvió heroicamente salir a la escalera y llamar. El criado, esta vez áspero, sin genuflexiones ni cortesía, se limitó a preguntarle:

—¿Qué es lo que usted quiere?

López le explicó únicamente que debía subir alguna comida. El mozo se fué sin responder.

El "pato" quedó casi loco de rabia y de tristeza, sintiendo, como jamás lo hubo pensado, todo el peso abrumador de la impotencia; la impotencia del que no tiene un centavo e ignora lengua y costumbres del país en que está.

Ya de noche, subió el criado con dos copas de té y dos pedazos de pan. Lo dejó en la mesa y salió sin esperar nada.

El enfermo dormía bien o lo parecía, a no ser por la tos intermitente.

Su amigo lo llamó, obligándole a tomar el agua caliente — que no era té.

El "chino" hizo algunas preguntas:

—¿La receta?... ¿El remedio?...

La receta estaba sobre la mesa. Allí la habían dejado, y el "pato" no pudo excusarse.

Consumida el agua caliente, vuelto a reclinarse Rodríguez.

López resolvió salir a la calle en busca de una misericordia desconocida.

Se caló un sobretodo de primavera, bajó y se echó a andar. Mas, pasada la media noche, regresó sin haber conseguido nada. Se acostó en silencio, cubriéndose con todo lo que pudo, y rehuendo los pensamientos que lo asaltaban no durmió. Sintió una por una las campanadas del tiempo.

La escena era terrible. El tiple y la guitarra, como dos ajusticiados en la horca, pendían de un ropero, forrados en su tela negra. ¿O eran como dos ataúdes en que yacían la esperanza y la gloria?

*
* *

La enfermedad se desarrolló a sus anchas, secundada por el hambre, en su obra destructora. Ni el médico ni el cónsul habían vuelto. El hotelero — un viejo normando y gordo — dueño de la fonda por uno de esos milagros de sacrificio y de economía sórdida que sólo en las grandes ciudades se ven, era, consiguientemente, un bárbaro sin piedad ni corazón; y, creyéndose estafado, notificó al "pato" que debían desocupar o darle la pensión por adelantado.

El muchacho, en la angustia de tales condiciones, resolvió jugar la última esperanza yendo en busca del compatriota para quien tenían cartas. No lo encontró. Había salido de Francia. Volvió al consulado, y tampoco halló a nadie. Regresó al hotel y, por medio de un intérprete, enteró al propietario de la situación, con toda ingenuidad, y prometiéndole que tan pronto como su amigo mejorara serían cubiertas las cuentas. Demandó piedad y hasta se atrevió a rogar que mandaran la receta a la botica.

El hotelero, al enterarse de la gravedad de Rodríguez, se enfureció, y pocos momentos después llegó un polizonte para conducir al enfermo a un temible hospital de caridad.

Cuando el "pato" se dió cuenta del resultado de sus ruegos y de que la policía de sanidad se llevaba al "chino", sacudió la cabeza como una hidra loca y comenzó a gritar, ante la severidad profesional del policía y la indiferencia absoluta del fondista.

No había misericordia. Luego empezó a llorar López, con ese llanto que denuncia las grandes crisis del espíritu, cuando la bondad natural se da de bruces con la maldad social y con sus sordideces. Al tomar la escalera, el guarda lo detuvo brutalmente de un brazo. López cayó al suelo, hecho un nudo de cólera impotente.

Llegada una ambulancia a la fonda, el inexorable hotelero, el

EL COMPRADOR DE CADAVERES

policial, un mozo y otro hombre se dispusieron a bajar al enfermo. López, repuesto del ataque de ira, los siguió.

El dueño fué el primero en penetrar a la habitación, cuya puerta volvió a cerrarse un momento, mientras los otros esperaban una indicación. El "pato" llegó a torcer la cerradura, siguiendo al hotelero, cuando éste — con el ceño fruncido y la mirada negra — salió. López se detuvo un paso..

El fondista dijo algo grave al policía, quien bamboleó la testa numerada...

El "chino" había muerto.

* * *

Los días de soledad y desamparo consumieron de tal manera a López, que andaba como una ánima en pena por calles centrales, bulevares y suburbios. Estaba desconocido. El poco equipaje que llevara con su pobre colega de infortunio, con su hermano de gloria y de osadía, quedó en el hotelucho, probablemente en rehenes... y no le fué permitido ni sacar su abrigo, pues los doce trágicos francos que el comprador de cadáveres de la Escuela de Medicina había dado por los despojos del "chino", no bastaban, naturalmente, para pagar las deudas. De modo que el sobreviviente era, a un mismo tiempo, víctima de todas las desdichas que suelen conjurarse en las densas urbes triturando a los seres expiatorios de la humanidad.

Los días pasaron, breves, y a poco hacía tres semanas que el "chino" había muerto. El cónsul nunca estaba en la oficina, y López no podía encontrar un corazón amigo, alguien, en fin, que hablara castellano al menos y pudiera saber su situación. Siquiera saberla... pensaba.

Erraba, por tanto, López, como un espectro. Dormía en alguna puerta cerrada, sobre el quicio, hasta que los barrenderos, lecheros y panaderos lo despertaban a gritos y escobazos. Para comer algo hurgaba depósitos de basura en las puertas de los restaurantes, y seguía el camino, como un perro maldito.

Una noche, barajado entre la turba de los bulevares, oyó hablar español. Siguió durante un momento a los que lo hablaban, con intención de insinuarse; pero al acercarse percibió el acento de su país en esos hombres elegantes, y, como una última ola de sangre, le tñó el rostro amarillo la vergüenza. Pedirles algo era la más baja y terrible claudicación, y Quijote hasta la inanición se limitó a preguntarles la hora. Los dos rastacueros siguieron, hasta caer en el la-

zo que les tendieron unas hábiles pescadoras de zonzos, que luego darían buena cuenta del dinero inútil..'

* * *

El "pato" se sentía morir también. Era lo mejor que se podía pasar, pensaba resueltamente, atravesando un día gris el puente de "L'Alma". Mas un rayo consolador, un brote de esperanza cruzó de pronto por aquel cerebro exhausto, trayéndole a la memoria gloriosos recuerdos... Debería buscar sin demora al viajero Gouchand, quien ya estaría de regreso de América; y como recordara que en el Bulevar de los Italianos había una casa vendedora de fonógrafos, no vaciló en dirigirse a ella.

Leyó el letrero. Esa era en efecto la casa. La puerta de vidrieras estaba cerrada. Dentro había mucha gente, y entre ella notó, al desempañar un vidrio, que estaba una familia de aspecto sudamericano: un señor de barba blanca, una señora y dos bellas jóvenes.

Aguardó un rato, tomando fuerzas de audaz acometividad. Desde fuera se oía la música del fonógrafo "último modelo" que probaba la familia aquella...

De pronto... ¿Cómo decirlo?... De pronto López oyó su voz, cantando a dúo con su finado, precisamente la canción favorita compuesta por un errante poeta colombiano, que decía:

¡Bogotá la lejana de este trágico mundo!
 Bogotá la romántica de mi ensueño infantil.
 La que en los espejismos del éxodo confundo
 con ciudades azules donde nunca viví...

Es un dulce recuerdo de fragantes derroches
 de fuentes y jardines que están siempre en abril,
 el que me llena el alma cuando la evoco, en noches
 de nostalgia, de insomnio, de soledades y...

Bogotá, ciudad lírica, maravillosa cumbre
 que visten las auroras con su primera lumbre
 y los ocasos doran del último arrebol.
 Bogotá, gema ilustre del collar de los Andes
 que como las estrellas más puras y más grandes,
 vive vida celeste y es vecina del Sol.

Enajenado, atónito, al oírse, le pareció que el "chino" estaba allí a su lado compartiendo la emoción de su triunfo tardío, póstumo. El cerebro se le congestionó; no pudo contenerse y abrió la

puerta, dirigiéndose al señor de la barba pascual y a una de las jóvenes que estaba a su lado.

—¿Hablan ustedes castellano?

—Sí... Contestó tímidamente la señorita, alejándose del intruso mendigo.

El señor le ofreció una limosna.

—¡No! ¡No! No es eso, señor. Es que... es que... Yo soy uno de los que... cantan en este fonógrafo... ¡Yo soy el "pato" López!

La señorita y su padre creyeron que era un demente aquel desgraciado, y le volvieron las espaldas con recelo. Un dependiente le preguntó algo con voz ruda, y sin darle tiempo de contestar, le señaló la salida con gesto imperativo.

López, ciego, enloquecido, vaciló. El empleado salió a la puerta, llamó a un polizonte; y el "pato" abandonó el lugar, agarrado fuertemente por el pescuezo.

—¡Un apache!—gritaron los transeúntes del bulevar...

Sí, mademoiselle — decía el vendedor:—estos discos fueron tomados especialmente por nuestra casa en la América Latina. Son dos cantores de mucha fama por aquellos maravillosos países del nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón para bien de la humanidad...

La señorita, sin percatarse tal vez de la ostentación de sabiduría y de la capacidad filosófica del dependiente, le respondió con sencillez:

—En efecto, estos cantores tienen mucho renombre por allá en América. Nosotros los conocemos muy bien... ¿No son López y Rodríguez?

—Efectivamente, contestó el vendedor, — después de leer las inscripciones de varios discos, — son los mismos que usted dice, señorita...

*
* *

Mas, si como queda dicho, terminó la aventura de los dos románticos cantadores de la montaña ultramarina, — si acta est fá-bula, como pudiera creerse — el sentido social que pretende tener esta novela exige que el lector prosiga.

La vida es así. Siempre renovándose, en sus encadenamientos, y modificando cada vez lo que le parece inalterable o acabado a la flaca y desprevenida comprensión humana.

Quedamos, por lo tanto, en que es preciso rematar la historia presente; para lo cual volveremos al punto de partida...

*
* *

Cuando el mensajero de la telegrafía entregó a la viuda en su propia mano el pequeño envoltorio azul y mal pegado que contenía el mensaje, Ivonne pensó en todo menos en el regreso de Pedro Gouchand. La idea súbita de una herencia, de un legado de amistad, de cualquier cosa un tanto fantástica, cruzó su mente, obsecada por los ensueños de fortuna que, por otra parte, manifestaban su imperio de bien baja manera...

La misma vizcondesa cerró la puerta que del jardín daba a la calle apacible. Contempló un instante la dirección del telegrama, como cerciorándose de que en efecto le estaba destinado; lo abrió luego de un rasgo, y leyó, de la misma manera que un comerciante lee el despacho en que le anuncian una remesa de jamones...

—¡Berthe!—gritó a la camarera, quien acudió al jardín.

—¿Señora?

—Mí... apoderado llega esta tarde, a la hora de te, precisamente... Tienes que ir donde monseñor y explicarle que... que me encuentre indispueta... que ha sido de una manera inesperada... que... en fin... arregla el asunto!

Pierda cuidado la señora vizcondesa, respondió la camarera, en cuyo rostro se dibujó una sonrisa casi imperceptible, pero quería decir: yo sé arreglarlo todo... ¿no es este mi oficio?...

El ama de casa y su sirvienta almorzaron de prisa, y a eso de las tres llegó el maestro peluquero, que sólo venía a casa de la vizcondesa de Guemur en grandes fechas.

Ivonne, venciendo toda repugnancia posible, hizo revolver su guardarropa, sacar un traje especial — el mismo con que Gouchand la había visto la primera vez, cuando se preñará de sus aristocráticos encantos. — Luego cñó un peinador de grandes flores amarillas sobre un fondo de tinte fresa, e hizo entrar a su recámara al maestro peinador.

—¿Cómo está la señora vizcondesa? Yo me he sentido, como siempre, verdaderamente honrado al recibir su llamamiento.

La verdad era que Ivonne daba, cuando llegaban casos semejantes, unas propinas espléndidas que la hacían considerar mucho en los comercios de la población suburbana.

Ivonne de Guemur, en lucha abierta y tenaz contra las picar-

días del tiempo, contaba con un verdadero gabinete de alquimia, con un abundante laboratorio de belleza, que ella manejaba bien, pero que ayudada por el maestro la remozaba y reembellecía de tal suerte, que se dijera cada vez que llegaban esas fechas, que Venus olímpica resurgía de las ondas tentadora y magnífica.

Desde luego había base para trabajar, como pensaba el peluquero.

La señora, efectivamente, garrida, elegante, apuesta, sostenía con gloria su bandera. Así, sentada en la poltrona, envuelta en aquel peinador vistoso y vaporoso, con la larga cabellera desplegada, brillante y cobriza a fuerza de oxigenarla, las manos muy blancas, los dedos muy finos, el cuello mórbido y el descote amenazando abrirse aún más para mostrar las carnes, maravillosamente erectiles, su persona, tal vez turbaba un poco la profesional anafrodisie del operario, ocupado en rizar y peinar los cabellos de la vizcondesa. Luego, a ratos, al desmontar o montar una pierna, se le veían los pies que eran perfectos, y que ella se complacía en mostrar al desgaire, desnudos y sedosos. Eran pies de bailarina-estrella, que bien hubieran podido llevar sortijas y ajorcas para saltar entre flores al ritmo de músicas apasionadas y lánguidas-exasperadas o diabólicas.

El maestro peluquero tenía que suspender su obra de artífice para contemplar, extasiado, aquellos pies dignos de caminar—como caminaban—sobre los corazones...

Tras dos largas horas de tocado, la linda testa de la dama quedó lista como para una postura de óleo palaciego. El maestro recibió un luis de oro, que se escurrió entre el bolsillo del pantalón; y la dama quedó sola frente a frente de sí misma. El espejo de cuerpo entero copiaba minuciosamente su figura. Por una ventana lateral, entreabierta sobre un brazo del jardín, entraba una brisa tiibia y voluptuosa junto con la luz viva del sol estival. Ivonne se contempló largo rato, y cuando iba a llamar a la camarera para que la ayudase a vestir, miró en torno suyo y, maquinalmente, cerró la puerta con llave, volviendo a contemplarse en el espejo que aquella tarde le pareció más fiel que nunca.

Imprimiendo vaivenes a su cabeza, cambiando de actitudes, dando a los brazos solturas elegantes, haciendo girar sus pupilas de un azul de zafiro incandescente, y moviendo los pies desnudos bajo el ruedo del peinador, Ivonne gastó un largo rato; hasta que la autoadoración, la egolatría, llegó a tal punto, que el peinador

de flores vistosas cayó sobre la alfombra, apareciendo en la luna límpida del espejo la armoniosa y total desnudez de un cuerpo bravo aún para las batallas del amor. Los ojos de la hembra tuvieron un relámpago felino, y la mirada fué como una lengua que lentamente paseó su sed por aquella carne de fruta madurada al sol...

Pero al éxtasis vespertino sucedió la mordaz conciencia de la realidad, no menos desnuda; e Ivonne, recogiendo avergonzada y temblorosa su peinador de grandes flores abiertas, se cubrió toda ella, como si un gran hálito invernal hubiese penetrado en la estancia. Sintió frío...

¿Iba a llorar la experta domadora de ilusos? No había tiempo para ello, pues apenas le quedaba tiempo a la señora vizcondesa para ceñir el traje con que la conociera y prendárase de sus encantos el comerciante Gouchand, que llegaría a las cinco de ultramar.

Mas, ¿por qué no salía Ivonne a la estación del ferrocarril, dándole con ello más calor a la bienvenida de su velado amante que había "hecho la América", al contrario de los ilusionados que osando "hacer" la Europa se deshacen en ella?

Qué diría la gente del suburbio chismoso, al ver a la noble señora rebajarse ante el presunto apoderado de sus bienes que, al fin de cuentas, no era más que un sirviente!... No. Ivonne tenía que sostener su posición allí, guardando las formas, hasta que persuadida de las intenciones de Pedro Gouchand y, sobre todo, en posesión de los bienes acumulados por éste, rematase la villa suburbana yéndose a otra parte donde pudiera hacer holgadamente un papel de esposa.

Bertha le dió los últimos retoques al atavío del ama, y ésta enterada, además, de que no tendría visitas inesperadas u otras que pudiesen turbar o nublar el recibimiento del viajero, impartió las últimas órdenes para que nada faltase en el té, en la comida, luego y, en síntesis, para que la villa abundase en comodidades discretas.

Ivonne llamó luego a su gato favorito, que había contemplado con filosófica parsimonia todas las escenas que dejamos anotadas, y se sentó con él en la banca del jardincito, bajo el árbol tutelar donde Pedro Gouchand le había dado su adiós al salir hacia la América, adiós un poco cursi, pero ante el cual existía un juramento de amor que era en el fondo un compromiso comercial...



A eso de las cinco pasadas, y después de algunos minutos en que Ivonne se había sentido como ofendida en su orgullo, puesto que Pedro no llegaba y ello podría significar cierta indiferencia, se oyó el trote seco de un bridón que cruzó la angosta bocacalle y se detuvo luego a la puerta de la vizcondesa.

Sonó el timbre, Bertha abrió, y Pedro Gouchand, con la tez bronceada y con apostura más decidida que de costumbre, atravesó los pocos pasos hasta la banca junto a la cual Ivonne se puso de pie para dar la mano a su amigo. Este se inclinó ceremoniosamente, la besó con gesto cortés; y pocos momentos después nadie hubiera dicho que la pareja se hubiera separado por largo tiempo, realizando el amante un viaje al otro mundo, a países desconocidos, distantes y no poco misteriosos.

—Todo lo encuentro igual... hasta el vestido que has querido ponerte y que me trae el mejor de mis recuerdos, dijo Pedro con extraña decisión, que acaso significaba solidez financiera.

Pedro Gouchand había hecho la América de una manera satisfactoria y se retiraría de los negocios pronto, a fin de realizar sus proyectos de hombre de ambición inteligentemente limitada y de amante que cumple su palabra y su ensueño.

—Sí, en efecto, me he vestido así para estimular en ti la evocación.

Luego hubo una pausa, una especie de preámbulo para entrar en materia. ¿No eran los negocios realizados en América lo más importante entre esos dos seres?...

Pedro Gouchand explicó a la vizcondesa con minuciosidad de dependiente mercantil cada uno de los negocios hechos en el Nuevo Mundo y que habían quedado establecidos, lo cual aseguraba una ganancia firme para el comerciante. La renta necesaria para sostener la vida a que aspiraba Ivonne estaba alcanzada y sólo quedaba, por tanto, fijar la fecha para la ceremonia nupcial, puesto que la compra de un hotelito en un barrio de la gran capital, donde nadie los conocía, había sido hecha durante la ausencia de Pedro y por sus disposiciones secretas enviadas a un amigo.

Al enterarse de que el hogar donde asilarían sus amores estaba listo, Ivonne no pudo disimular un estremecimiento de sorpresa, que era más bien un golpe con que la realidad se le presentaba al fin, plenamente. La fecha había llegado y era preciso cumplir el

juramento... realizar, coronar, el negocio. ¿No dependía de allí su vida cómoda y regalada? Sí—pensaba Ivonne—el sacrificio de vivir con este hombre es mucho menos rudo que la miseria y de mejores frutos que los de una ya imposible galantería de altos vuelos...

Resignada, por tan terminantes y poderosas razones, como ella creía, la viuda de Guemur se dispuso a la celebración de sus segundas nupcias, puesto que Pedro quería hacer la cosa en toda forma, desechando, por su parte, toda idea que antes le hubiera acometido y que no fuese de una estricta honorabilidad.

A poco, en la residencia de un notario se arreglaron los asuntos de intereses, en la alcaldía del barrio el matrimonio civil y en la linda iglesita de Nieully un abate discreto y comprensor de las cosas humanas les echó la bendición celeste a los antiguos amantes. Pedro dejó de ser automáticamente el "administrador de la señora vizcondesa"; la camarera Bertha hizo nuevos votos de fidelidad y de silencio, el gato favorito de la insigne tramoyista dejó de ser equívoco y los esposos Gouchand se instalaron entre las consideraciones del vecindario.

*
* *

Siendo lunes, día en que no trabajan los peluqueros en la gran metrópoli de la Libertad, el "pato" López se acicaló con el mejor vestido de su escaso pero decente guardarropa y se echó a la calle en busca de cualquier aventura o simplemente para pasear aristocráticamente como todos los de su mismo oficio. Porque los peluqueros, gremio compuesto por personajes de las más diversas extracciones sociales, no se endomingan en la villa-luz como otras clases de obreros. Para los figaros, el día de reposo es el lunes, aunque no debido quizás a un sentimiento de orgullo y de elegancia sino simplemente a que la afluencia de clientela los domingos es mayor que en los otros días de la semana...

Bien plantado, pues, el "pato", hasta llevando sus guantes en la mano como en las épocas de gloria con su inolvidable compañero, el desventurado Rodríguez, bajó las escaleras del hotelito de la calle de Milton, luego la calle, pasando después por la de Lamartine y tomando el Foubourg-Montmartre desembocó a los grandes bulevares.

¿Será necesario decir que nuestro antiguo trovador estaba convertido en un verdadero oficial de peluquería, muy bien aclimatado en la metrópoli, donde la suerte y los mirajes de la gloria lo habían arrojado desde hacía algún tiempo? El "pato" López, efectivamente, se había convertido en un montmartrense absoluto y hasta el castellano lo hablaba rara vez, puesto que les tenía medio revuelto con asco a los latino-americanos que pululaban por la gran ciudad del placer—como ellos decían—sin comprenderla y dejando mal el buen nombre de los pueblos de América en aquel ambiente de altos refinamientos, con que se honra la humanidad.

Pero aquel lunes el "pato" se sintió tan romántico soñador como en sus viejos tiempos. ¡Qué transformación la suya! Así, cuando recorría las anchas aceras de la caudalosa arteria, mezclado a su corriente cosmopolita y vistosa, alegre y pintoresca, los recuerdos del doliente pasado comenzaron a desfilar por la memoria del hombre renovado y fuerte que había capeado una furiosa tempestad de dolor y de vicisitudes, durante la cual muriera, vencido, su inolvidable compañero de la infancia, de la ilusión y de la aventura...

¡Pobre el chino Rodríguez! balbuceó para sí el peluquero. Luego pensó en los caprichos y en los designios incomprensibles de la suerte, mas comprendiendo en lo esencial, después de tan rudas lecciones, el sentido contradictorio de la vida, su positivismo aplastante y su afán mezquino, su brutalidad y su crueldad.

Pobre el chino, volvió a pensar y casi a pronunciar, en momentos en que, precisamente, pasaba frente a la consabida casa de fonógrafos de donde lo habían arrojado un día como a un loco y, lo que era peor, como a un mendigo...

De una manera automática, López se detuvo ante las vidrieras del establecimiento en cuestión. Luego comenzó a ver curiosamente las novedades y a leer los letreros. Las vidrieras, amplias y limpias, permitían dominar las escenas interiores del almacén y de las oficinas; y de esta suerte fué como el "pato" López, reconoció al comerciante Gouchand, que, rejuvenecido y pulcramente ataviado, daba órdenes a los dependientes cimbreándose en el muelle asiento de un escritorio de gran lujo.

López, sin inmutarse mucho, observó un rato aún, para no ir a equivocarse. Mas convencido al cabo de que, en efecto, aquel señor que parecía el jefe de la casa era Pedro Gouchand, el "pato"

retocó su corbata, apretó bien sus guantes y entró al suntuoso almacén de su desgracia, dirigiéndose al escritorio de Gouchand.

—¿Qué desea el señor?—inquirió el comerciante.

—Saludarlo, nada más, don Pedro, respondió en castellano el antiguo gran cantor.

Gouchand hizo un esfuerzo muy cortés de memoria, reconociendo, al cabo, a su interlocutor.

—...¡Pero, venga usted acá, mi querido "pato"!—dijo exuberantemente Pedro Gouchand dándole al "pato" un abrazo a la manera de su país, que Pedro conocía haciéndose lenguas, debido a los buenos negocios realizados y establecidos ya permanentemente.

López contestó el abrazo con elegante desenvoltura, tomó luego un asiento, lo acercó al escritorio de su espléndido amigo, cuyo saludo hospitalario le asombraba, y los dos hombres conversaron largo rato.

Mas el "pato" no había dicho lo que hacía. En cuanto a la historia doliente y en cuanto a la muerte de su camarada, explicó a Gouchand todo aquello que no estaba refiado con la estética ni con la fuerza espiritual de los que el dolor y las vicisitudes no amillanan. El comerciante había oído la terrible historia con visible sentimiento, y comprendiéndola, al parecer, hasta en sus más sutiles detalles. Tanto, que cuando López terminó el relato, Pedro suspiró. En este hombre había, sin duda, un corazón y un agradecido, según pensó el "pato"! Así, pues, la visita y la conversación aquéllas se diría que habían encendido de nuevo las soñaciones de gloria del cantor sentimental.

Pedro Gouchand, quizás enternecido, refirió al "pato" su matrimonio y su felicidad con la vizcondesa, cuya pintura hizo de un modo entusiasta, acaso un poco cursi. López escuchó la historia feliz del afortunado ganador de dinero y de cariño... y comprendió, entonces, el buen humor, la amabilidad y la generosa acogida del amigo.

Mas, interesado Pedro Gouchand por la suerte de López, así, — por un rasgo de largueza caprichosa o debido a una superstición de gratitud para con la fortuna que le había sonreído en América, — cuando el "pato" se despedía lo acompañó a la puerta y — tras un recuerdo lisonjero para su vanidad de cantor le dijo:

EL COMPRADOR DE CADAVERES

—¡Pero, amigo López: un gran artista como usted merece el triunfo y la gloria! ¿Quiere que firmemos un contrato para que usted no cante sino para mi casa?

—¡Oh, gracias...—respondió el "pato". Si ya no tengo voz... Ahora soy peluquero...



¿Es este el caso de Vd.?

Es el de muchos que no se consideran enfermos, pero que tampoco están del todo bien

La condición de estreñimiento no está considerada como enfermedad, pero denota un estado enfermizo y hasta peligroso. En todo caso, las evacuaciones difíciles, raras y duras no concuerdan con un estado de salud normal. El estreñimiento, resultante de irritarse o inflamarse las membranas mucosas del recto o bajo intestino, demuestra que la última parte de la digestión queda sin hacerse o mal hecha y es asunto mucho más serio de lo que generalmente se piensa. El estreñimiento produce ese estado congestivo que da lugar a mal aliento, a hemorroides o almorranas, a hernias o relajaduras, a cólicos hepáticos e inflamaciones del hígado, a enteritis glutinosa, a hipocondría, a apendicitis, etc., y el hecho de que muchas veces sucedan cosas de estas y no se las atribuya a la perniciosa influencia del estreñimiento, sólo significa despreocupación o ignorancia.

Para remediar semejante condición no deben usarse medicamentos fuertes ni drásticos, sino remedios benignos y eficaces: no purgantes de género explosivo, sino laxativos que limpien y alivien, a cuyo efecto recomendamos encarecidamente el uso de los famosos Laxoconfites del doctor Richards. Las renombradas Pastillas del doctor Richards, al curar la indigestión y sus efectos, curan y previenen las causas del estreñimiento, pero no siendo remedio laxante, no curan el estreñimiento mismo.

Medellín, Colombia, junio 1.º de 1917.

Señor doctor Richards, New York.

Muy estimado amigo:

Con positivo gusto certifico, y de este certificado puede Vd. hacer el uso que le convenga, que los Laxoconfites del doctor Richards son positivamente útiles como laxantes.

Conozco su fórmula, y Vd. sabe que la he analizado por curiosidad en nuestros laboratorios.

Realmente es bueno tropezar "de vez en cuando" con específicos honrados, y uno de ellos es el Laxoconfito Richards, cuya acción fisiológica también conozco y sé que es segura.

En el tiempo que llevo en mi carrera profesional no había nunca conseguido un laxante para poder recetar a mi clientela y ahora estoy satisfechísimo porque encontré lo que tanto buscaba.

Rara vez en mi vida profesional he dado un certificado sobre específicos, y éste lo hago con mucho gusto.

Soy como siempre su amigo afmo.

(Firmado) Dr. E. Jaramillo.

La Novela Semanal

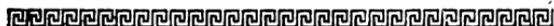
Aparece toda
completa e i
escritores arj

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10. — Susc

PARTE DE LAS PUE

34. El ataja-camino, de Juan Carlos Dáva
35. La conversión, de Claudio de Souza.
36. El último brindis, de César Carrizo.
37. El hombre de la barba en punta, de A
38. La Casa de los Cuervos, de Hugo West (
39. El alma de Buenos Aires, por Enriqu
40. Una "girl", por Agustín Remón (núm
41. Córdoba Triste, por Luis Rodríguez El
42. Trinidad Guevara, por Enrique García
43. El Hambre, por Pedro Sondéreguer.
44. El Ucumar, por Ricardo Rojas.
45. Poligamia sentimental, por E. Carrasqu
46. "Ches Mme. Lucie", por Julio dei Rom
47. La historia de la muchacha, por Agu
48. "Caballero Andante" — Homenaje a Di
Mugo del Monte.
49. "El chino del Dock Sur", por Héctor
50. "El cocobaclo de Herrlin", por Artur
51. El Héroe, por Eligio González Cadavi
52. Una Historia Absurda, por Pilar de L
53. Confesiones de una mujer, por César C
54. "Le jour de Gloire est arrivé", por Juli
a los aliados.
55. Los ojos negros, por José López Silva.
56. La Pasarela, por Otto Miguel Cione.
57. La psicología de los celos, por José In
58. "Homunculus", por Pedro Angelici.
59. El Marqués de Santalicia, por Sara H.
60. El misterio de la calle Maipú, por Alfre
61. "Stella", por César Duayen, en 2 parte:
62. "La Suerte", por Pedro Sonderéguer.
63. El Capitán Morillo, por Julio Llanos.
64. La Serena Prosa, por Arturo Giménez
65. Una semana de holgorio, por Arturo C

A LOS ESCRITORES:--No se admiten trabajos e
escritos a máquina, no se devuelven los ori
pondencia sobre los mismos.



¡Su niño enfermizo está estrepand

Si está inquieto, febril o bilioso, dele Jar:

No importa lo que el niño tenga, venenos
un laxante suave, pero eficaz, debe bilis ác
ser siempre el primer tratamiento ad- nes, y e
ministrado. otra ve



*toda
hora
tenga presente*

que Vd. puede resultar favorecida con un valioso obsequio si antes del 31 de Marzo nos remite su solución para el interesantísimo

GRAN CONCURSO

del invisible, adherente, perfumado y exquisito

POLVO GRASOSO

Brissac.

PARIS

\$ 10.000 m/n.

repartidos en 200 valiosos obsequios

serán distribuidos entre los participantes que acierten la solución de acuerdo con las bases y condiciones detalladas en los folletos que repartimos gratis y que pueden solicitarse en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías, y cuya idea principal consiste en adivinar

¿Cuántos granos de arroz contiene la caja?

Para tomar parte en nuestro grandioso CONCURSO debe usted remitir la solución por correo DENTRO DE UNA CAJA VACIA DE POLVO GRASOSO «BRISSAC», cerrada con su correspondiente tapa, envuelta en un papel y franqueada con una estampilla de cinco centavos, indicando «muestras sin valor». A pedido de numerosas favorecedoras que no han podido proveerse de la caja respectiva por falta momentánea del artículo en algunas casas de venta, hemos resuelto postergar la clausura de nuestro CONCURSO hasta el 31 de marzo próximo. Esta fecha será definitiva.

Precio del polvo "BRISSAC" \$ 1.40 la caja

ÚNICOS CONCESIONARIOS:
L. AUBERT & Cía.
1958-CHILE-1972
BUENOS AIRES

Unión Telefónica 7260, Libertad



AGUAS DE COLONIA

Destiladas sobre flores

LE SANCY

SIMPLE

Frasco verde

Frasco grande. \$ 3.70
.. medio .. 2.20
.. cuarto .. 1.50
.. chico. . . 0.45

Loción. 2.90

AMBRÉE

Frasco blanco

Frasco grande. \$ 5.70
.. medio . . . 3.30
.. cuarto . . . 2.—

Hora Kendal

Extra fina

Frasco grande, \$ 7.50
.. medio . . . 4.50

Exquisita y suave

Frasco grande. \$ 5.80
Loción. 3.80

Duc

Única por su deli-
cado aroma

Grande, \$ 5.80



POLVO

DE NIEVE
"LE SANCY"

Perfumado y adherente

La caja. \$ 1.70

EN VENTA EN TODAS LAS TIENDAS,
FARMACIAS Y PERFUMERIAS.

NOTA: Estos precios de venta para las
Aguas de Colonia rigen solamente en
la Capital. Para el interior, se aumen-
tan 20 ctvs. los frascos grandes tama-
ño de un litro y 10 centavos los demás.

BLAS L. DUBARRY

468, Medrano, 478 - Buenos Aires

